ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EMOCIÓN, INTELECTO Y ESPIRITUALIDAD

Conferencia dada el jueves 7 de Julio de 1898 en la Rama «Blavatsky» de Londres

POR ANNIE BESANT

(CONTINUACIÓN)

Es muy cierto que tratándose de la mentalidad naciente en el hombre, se ve que todo depende de lo que recibe de afuera; no obra por impulso propio, sino que responde á lo que la afecta; y las primeras vibraciones de la conciencia manásica, sólo pueden ser despertadas recibiendo vibraciones de afuera que la impulsen á la actividad.

Responderá entonces débilmente, y al hacerlo, se recogerá de nuevo en sí misma, agregando las experiencias que haya adquirido; mas no puede en modo alguno servirse de esas experiencias fuera de sus propios límites; nada puede hacer con ellas; no puede utilizarlas como alimento mental, hasta que no consiga atraerlas al círculo de la mente, y principie entonces á obrar sobre ellas en su propia esfera. Y para hacerlo con éxito, y habiéndose recogido en sí misma, debe apartarse del mundo externo, y no debe consentir á todas aquellas vibraciones que, penetrando en su recinto, se interpongan y confundan su atención, porque ésta ha de dirigirse sobre aquello que logró hacer suyo, si es que ha de utilizar aquellas experiencias, desarrollando así las facultades intelectua-

les en germen. Tened presente, pues, esta diferencia fundamental del trabajo intelectual. Cierto es que ha de recoger fuera; que el cuerpo astral es su transmisor; pero la condición del éxito en el trabajo intelectual, es que ha de concentrarse sobre aquello que ha obtenido del vehículo inferior. Trabaja entonces sobre estos resultados, y todas sus obras características son aquellas vibraciones internas relacionadas con los puntos de la experiencia adquirida del exterior. Coloca juntas unas á otras aquellas cosas que en ese grado de desarrollo llamamos «percepciones», y así colocadas, contémplalas la mente y principia á desarrollar lo que llamamos el poder ó facultad de la comparación. Viéndolas todas, observa sus semejanzas y diferencias y las compara unas con otras. Habiéndolas considerado y comparado de este modo, empieza á esbozar sus semejanzas, juntándolas unas con otras, y mediante éstas formar un concepto de carácter bastante más acabado; abarca entonces todas las diferencias y las clasifica. A este punto, lo que llamamos el análisis se ha desarrollado, y el trabajo acumulado en este sentido es inmenso, esto es, ha surgido el sentido de la comparación que distingue entre lo idéntico y lo diferente; y fijando la atención en las diferencias, el proceso del análisis sigue su curso.

Así la mente, en sus grados inferiores de desarrollo, abarcando todas aquellas ideas concretas evolucionadas de todo lo que obtuvo del mundo externo, juntándolas y clasificándolas, formando de ellas ideas más complicadas, desarrolla por medio de esa actividad concreta todos los poderes que reconocemos como intelectuales: el juicio ó discernimiento, el razonamiento, la comparación, la memoria; luego la facultad de sacar consecuencias, las facultades deductivas é inductivas y las lógicas. Todas estas cosas evolucionan gradualmente. Mas si las consideramos bien, veremos que ha de depender su evolución del poder de la mente de aislarse, á fin de no verse turbada por las irrupciones del mundo externo. Necesita estar sola, estar tranquila, cerrar las puertas de los sentidos y aplicarse dentro de sus propios dominios á aquellos resultados obtenidos de los vehículos inferiores en los que estuvo actuando la conciencia. Sólo cuando este estado se haya prolongado mucho, cuando haya sido empleado el mundo fenomenal para la formación de todas aquellas ideas concretas trabajadas y razonadas, sólo entonces es cuando principiarán las facultades superiores de la inteligencia á evolucionar sobre los planos informes, y el pensamiento abstracto — resultado obtenido del elemento común convertido

en esas varias ideas concretas — aparecerá entonces. Lenta y gradualmente aquella actividad inferior pondrá en acción al Manas (Mente) superior; penetrará en su propio plano, en su trabajo especial de pensamiento abstracto, y las facultades intelectuales superiores se desarrollarán entonces gradualmente. Clasifícanse estas facultades superiores más bien como sintéticas que como analíticas; ya no se aplican á dividir en sus partes componentes las ideas que la actividad mental ha estado trabajando, sino que las vuelven á combinar, y por síntesis crean otras nuevas ideas que son imagen de realidades en la Mente universal. Esta es la cualidad en el hombre que permite que éste á su vez alcance la universalidad que evoluciona dentro de los límites del cuerpo causal, ese tercer aspecto de la vida del primer Logos, esa cualidad de la Mente Universal que ha de ser la esencia de la individualidad cuando hayan desaparecido los límites del individuo.

Considerando esto como el simple bosquejo de la definición del funcionamiento de la mente, volveremos de nuevo á la idea que tan importante papel desempeña, para facilitar nuestra comprensión del lugar que ocupa aquél en la evolución de que la mente es la parte de la conciencia que se contiene á sí misma, cuya circunstancia es necesaria para su perfecta evolución. El plano mental es, según hemos visto, la balanza, el centro de la evolución entera. Los planos superior é inferior tienen cierta relación definida entre sí, y esta relación consiste en que en ambos se manifiesta la conciencia. En el plano búddhico la conciencia se manifiesta exteriormente, y lo mismo en el plano Kámico.

En ambos casos busca la expresión por medio de la unificación. Esto lo hace sobre el plano kámico en un grado muy inferior, alcanzando la posesión de un objeto y reportándolo á sí mismo, tomando posesión del mismo con el concepto de «mío», conservándolo y asimilándoselo, mientras que en el plano superior, ó sea el búddhico, se exterioriza para incluir; y como no experimenta el sentido de diferencia del «yo» y de «lo mío», es consciente de una unidad que considera todo cuanto toca como parte de sí misma, y todo lo incluye en sí. Así, esta manifestación difiere de la manifestación en el plano kámico, en el sentido sutil de que la una se esparce hacia fuera, mientras que la otra se esparce hacia dentro, si puedo expresarme de este modo. La conciencia en el plano superior, reconoce en cada cosa parte de su propia vida, de su propia naturaleza; no necesita extenderse hacia fuera para encontrar, hallando todo dentro

de sí misma, y encontrando, sin embargo, ese carácter expansivo que siempre tiende á incluir, jamás á excluir; que ignora las limitaciones, que no reconoce fronteras. De aquí que se haya dicho algunas veces que el plano kámico es el reflejo del búddhico en un nivel inferior; reproduce, como si dijéramos, en una imagen colocada más abajo, una especie de reflejo de las cualidades que se encuentran arriba. Así como se refleja en el agua una montaña situada al borde de un lago, así existe en Kâma cierto reflejo de determinadas cualidades búddhicas.

Y pensando, como nos enseñan á pensar, acerca de la totalidad de esas actividades creadoras, considerándolas como pares continuamente reflejados, vemos que esos pares existen en los planos nirvánicos y físicos, en los búddhicos y kámicos, y nos encontramos una vez más que la región intelectual es el fiel de la balanza para el todo.

Ahora bien; si reflexionamos atentamente, si fijamos nuestro pensamiento sobre lo que antecede, veremos aclararse de modo considerable aquellos curiosos problemas á que me he referido, relativos al cambio maravilloso é inesperado que á veces tiene lugar en la vida de un individuo, y también respecto al problema del por qué encontramos una intuición ó penetración más profunda en algunos, particularmente en edad avanzada tras de una vida generosa y compasiva, capaces de darnos un consejo, y hacernos una advertencia propia de aquella penetración que acostumbramos á relacionar con la idea de la actividad espiritual. Pensemos en el cambio mismo. Encontramos á una persona en quien el empuje de la naturaleza emocional es tremendo; distínguesele por un gran entusiasmo, por su impetuosidad, por su falta de equilibrio y de reflexión, por su tendencia á lanzarse con enorme energía en alguna empresa que atrae los sentimientos y las emociones. Trátase quizá de un plan para llevar á cabo una buena obra, acaso muy mal ideado, lleno de defectos y errores, todo lo cual habrá de acarrearle disgustos en cuanto ese plan inspirado en la benevolencia se lleve á cabo. Mas la poderosa naturaleza emocional no tiene tiempo para pensar en ello; la tremenda oleada de la emoción le arrastra con ella, y sólo ve que el proyecto promete obrar el bien, concluir con la miseria, desterrar la pobreza, cambiar la faz del mundo. No puede detenerse á considerar fríamente si los medios están adaptados al fin, y todo lo demás ha de seguir adelante, y lleno de ímpetu, no vacila. Hace mucho bien, y también mucho mal; destruye muchísimas cosas que podían haber ayudado, da vida á muchísimas otras excesivamente amar-

gas, y todo ello es una gran ola; con toda la fuerza de una ola, es cierto, pero también con el poder destructivo que siempre presenta la fuerza mal regulada. Destruye, en verdad, pero no obstante lleva en sí esa gran fuerza constructiva del universo: la emoción del amor, el deseo de ayudar.

Ese desbordamiento, pues, también es constructor; y teniendo en sí mismo la cualidad del amor, da lugar á cierta vibración que responde desde el plano búddhico.

(Se continuará).

ANNIE BESANT.

LOS ANALES ÂKÂSHICOS

(CONTINUACIÓN)

Debe también tenerse presente que el cuadro más perfecto es, en realidad, una reproducción infinitamente lejana de la escena que representa, pues no hay línea ni ángulo que puedan ser nunca los mismos que los del objeto reproducido. Es sencillamente una tentativa muy ingeniosa la de hacer sobre uno solo de nuestros sentidos, por medio de líneas y colores trazados en una superficie plana, una impresión semejante á la que hubiéramos experimentado si hubiésemos tenido realmente ante nosotros la escena descrita. Excepto por una sugestión que depende por completo de nuestra experiencia previa, no puede aportársenos nada de los rugidos del mar, del aroma de las flores, del gusto de la fruta ó de la blandura ó dureza de la superficie dibujada.

De exactamente igual naturaleza, aunque en mayor grado, son las dificultades que experimenta el clarividente al intentar describir en el plano físico lo que ha visto en el astral; dificultades que se agravan extraordinariamente por el hecho de que en lugar de tener tan sólo que traer á la mente de sus oyentes conceptos que les son ya familiares, como sucede con el artista cuando pinta hombres, animales, árboles, etc., tiene que tratar, con los medios imperfectos de que dispone, de sugerirles conceptos que en la mayor parte de los casos son completamente nuevos para ellos. No será, pues, nada sorprendente que, por más vívidas ó impresionantes que parezcan sus descripciones á su auditorio, haya él mismo de sentir su

completa deficiencia, y ver que sus mayores esfuerzos han fracasado totalmente al presentar una idea de la realidad de lo que ha visto. Y debemos también tener presente que en el caso del relato que se hace en el plano físico de los anales que se lean en el plano devachánico, esta difícil operación de transferencia de lo superior á lo inferior, no se ha verificado una vez, sino dos, puesto que la memoria se ha traído á través del plano astral. Aun en el caso de que el investigador posea la ventaja de haber desarrollado sus facultades devachánicas, de tal suerte que las pueda poner en actividad en el estado de vigilia en el cuerpo físico, se ve, sin embargo, cohibido por la incapacidad absoluta del lenguaje físico para expresar lo que ve.

Trátese, por un momento, de comprender bien lo que se llama la cuarta dimensión. Es muy fácil pensar en nuestras tres dimensiones — imaginar en nuestra mente el largo, ancho y alto de cualquier objeto — y ver que cada una de ellas está expresada por una línea en ángulo recto con las otras dos. La idea de la cuarta dimensión implica la posibilidad de trazar una cuarta línea en ángulo recto con las tres que hoy existen. Ahora bien; á la mente ordinaria le es imposible entender esta idea, aunque unos pocos que han hecho de este asunto un estudio especial, han llegado gradualmente á comprender una ó dos figuras simples de cuatro dimensiones. Sin embargo, no tienen palabras en el lenguaje corriente para llevar un concepto de estas figuras á la mente de otro, y si cualquier lector que no se haya ejercitado especialmente en el asunto, trata de concebir una forma semejante, sus esfuerzos resultarán por completo inútiles. Ahora bien; el expresar una de estas formas claramente en palabras físicas sería, como efecto, describir exactamente un objeto del plano astral; pero al examinar los anales en el plano devachánico, tendremos que hacer frente á la mayor dificultad de una quinta dimensión. De suerte que la imposibilidad de explicar por completo estos anales es evidente aun para el observador más superficial.

Hemos calificado los anales como la memoria del Logos; sin embargo, son mucho más que memoria en el sentido ordinario de la palabra. Por más imposible que sea el imaginarse cómo aparecen estos cuadros desde el punto de vista del Logos, no obstante, sabemos que á medida que nos elevamos más y más, nos aproximamos también gradualmente á la verdadera memoria, nos acercamos por grados á ver como El ve, por cuya razón tiene gran importancia, en lo que á estos anales se refiere, la expe-

riencia del clarividente en el plano búddhico, el más elevado que la conciencia puede alcanzar hasta llegar al nivel de los Arhats. Ya aquí no se halla limitado por el tiempo ni el espacio; ya no necesita, como en el plano devachánico, pasar revista á una serie de sucesos, pues el pasado, el presente y el porvenir están igual y simultáneamente presentes para él. En efecto; á pesar de hallarse este plano, por elevado que sea, infinitamente por debajo de la conciencia del Logos, es, sin embargo, de toda evidencia, por lo que en él vemos, que los anales deben ser para El mucho más de lo que llamamos memoria; pues todo lo que ha sucedido en el pasado y todo lo que sucederá en el porvenir, está sucediendo ahora ante sus ojos, exactamente como los sucesos de lo que llamamos el presente. Por totalmente increíble y absolutamente incomprensible que esto sea, para nuestra limitada inteligencia, es, no obstante, una verdad absoluta (1).

Naturalmente, no es de esperar que en nuestro actual estado de conocimiento, lleguemos á comprender cómo se produce semejante maravilloso resultado, y el esforzarnos en dar una explicación, sería envolvernos en una nube de palabras de la que no resultaría nada claro. Sin embargo,

(1) Posible es que nosotros no nos hayamos hecho cargo de todo el alcance que el escritor encierra en este párrafo, porque, á la verdad, no vemos la *absoluta* imposibilidad de comprender estos asertos, desde el momento en que se admite lo que en las primeras páginas de este escrito se expone, de que: *(La Ciencia Oculta) principia por el postulado de que el Ser elevado que emprende la formación de un sistema (á quien á veces llamamos el Logos del sistema), forma primero en su mente un concepto completo de la totalidad del mismo, con todas sus sucesivas cadenas. Por el acto mismo de tal concepción, llama á todo simultáneamente á la existencia objetiva en el plano de su pensamiento (plano, por supuesto, mucho más elevado que ninguno de los que tenemos conocimiento), desde el cual descienden, en el debido momento, los diversos globos, cualquiera que sea el estado más objetivo que les esté destinado. A menos que tengamos siempre presente el hecho de la existencia real de todo el sistema, desde el principio mismo, en un plano superior, nunca llegaremos á comprender debidamente la evolución física que vemos actuando aquí abajo.*

Entendemos que no puede darse una explicación más clara y precisa, para cualquier estudiante de Teosofía, que el párrafo transcrito del por qué y del cómo no existe ni puede existir para la conciencia del Logos un pasado y un futuro *reales* respecto de nuestro sistema, sino únicamente el presente; pues no puede ser de otro modo desde el momento en que «por el acto mismo de la concepción del sistema, llama á todo simultáneamente á la *existencia objetiva* en el plano de su pensamiento», cuyo plano, añadimos nosotros, es para El lo que para los simples mortales es la conciencia física, para la cual está presente cualquier objeto físico, mientras subsista como tal. No obstante, esto no implica que para la conciencia del Logos deje de existir á su vez un pasado, un presente y un futuro con relación al Absoluto, porque ha llegado á tan elevada conciencia por medio de la evolución, y por etapas sucesivas continuará siempre elevándose en la infinidad de la escala de la Conciencia Absoluta, ó lo que es lo mismo, que El es, respecto del Absoluto, un Ser mudable y progresivo, lo cual implica que necesariamente tiene que existir para su conciencia un pasado, un presente y un futuro, ó sea lo que ha sido, lo que es y lo que será. — (J. M.)

ocúrreseme cierto género de pensamientos que quizá pueda sugerir la dirección en que la explicación puede hallarse; y cualquier cosa que nos auxilie á comprender la posibilidad de tan sorprendente declaración, le será una ayuda para dar mayor amplitud á nuestra mente.

Recuerdo que hace unos treinta años leí un curiosísimo librito llamado, según creo, *Las Estrellas y la Tierra*, cuyo objeto era demostrar la posibilidad científica de que la mente de Dios pueda abarcar simultáneamente el pasado y el presente. Sus argumentos me impresionaron entonces como verdaderamente ingeniosos, y trataré de hacer un resumen de los mismos, porque creo que son bastante sugestivos con respecto al asunto en que nos ocupamos.

Cuando vemos alguna cosa, ya sea el libro que tenemos en la mano, ó una estrella á millones de millas de distancia, lo hacemos por medio de una vibración del eter, llamada comúnmente un rayo de luz, que pasa desde el objeto que se ve á nuestros ojos. Ahora bien: la velocidad con que se transmite la vibración es tan grande — cosa de 186.000 millas por segundo — que cuando vemos cualquier objeto en nuestro mundo, podemos considerarlo como prácticamente instantáneo; pero cuando entramos á tratar de distancias interplanetarias, ya tenemos que tomar en consideración la velocidad de la luz, porque para atravesar estos espacios transcurren períodos apreciables. Por ejemplo: la luz tarda ocho minutos y un cuarto en pasar desde el sol hasta nosotros, de suerte que cuando miramos á la órbita del sol, la vemos por medio de un rayo de luz que la abandonó más de ocho minutos antes. De esto se sigue un resultado muy curioso. El rayo de luz por medio del cual vemos al sol, nos trae sólo lo que ocurre en aquel orbe en el momento de su partida, sin que en modo alguno haya sido afectado por nada de lo que después haya sucedido; de manera que en realidad no vemos al sol tal cual *es*, sino lo que era hace ocho minutos. Esto es, que si tiene lugar en el sol cualquier cosa importante, como la formación, por ejemplo, de una nueva mancha, un astrónomo que estuviese en aquel momento observando el sol á través de un telescopio, ignoraría por completo el incidente en el momento en que se realizara, toda vez que el rayo de luz que trajera la noticia no llegaría á él hasta ocho minutos más tarde.

Esta diferencia es más sorprendente cuando se trata de las estrellas fijas, á causa de sus distancias inmensamente mayores. La estrella polar, por ejemplo, está tan distante, que la luz, viajando con la velocidad in-

concebible antes mencionada, tarda un poco más de cincuenta años para llegar á nuestros ojos; de lo que se deduce, como resultado inevitable, que no vemos la estrella polar donde está y lo que es en este momento, sino donde estaba y como era hace cincuenta años. Más aún: si mañana, á causa de alguna catástrofe saltase en mil pedazos la estrella polar, la seguiríamos viendo brillar tranquilamente en el firmamento durante el resto de nuestra vida; nuestros hijos alcanzarían la edad viril, y á su vez se verían rodeados de hijos antes que la noticia de tan tremendo accidente llegase á la vista humana. Existen también otras estrellas tan distantes, que su luz tarda millares de años en llegar hasta nosotros, por lo que, respecto á su estado, nuestras noticias están anticuadas en miles de años.

Adelantemos ahora un paso más en nuestro argumento. Supongamos que nos fuera posible colocar á un hombre á 186.000 millas de distancia de la tierra, dotándole de la maravillosa facultad de ver todas las cosas que aquí se sucedían con la misma claridad que si se hallara á nuestro lado. Es evidente que el hombre colocado á tal distancia vería todo un segundo después del instante en que tuvo lugar. Doblad la distancia y su retraso sería de dos segundos, y así sucesivamente; colóquesele á la distancia del sol (pero conservándole siempre el mismo poder misterioso de tal vista), y al mirarnos no vería lo que *estamos* haciendo, sino lo que *estábamos* haciendo hace ocho minutos y cuarto. Llévesele á la estrella polar, y ante sus ojos pasarían los sucesos de hace cincuenta años; contemplaría los juegos infantiles de los que en aquel momento eran hombres de edad madura. Por maravilloso que esto parezca, es literal y científicamente verdad, y no puede negarse.

Mi librito continuaba argumentando con bastante lógica, que siendo Dios todopoderoso, debe poseer el maravilloso poder de visión que hemos supuesto á nuestro observador; y que siendo además omnipresente, tiene que encontrarse en todas las estaciones que hemos mencionado, así como en todos los puntos intermedios, y no sucesiva, sino simultáneamente. Admitiendo, pues, tales premisas, se deduce por modo inevitable que todo lo que ha sucedido desde el principio mismo del mundo, debe necesariamente estar sucediendo en cada momento á los ojos de Dios, no como una simple memoria, sino como hecho que se realiza.

Todo esto es bastante materialista, y está en el plano de la ciencia puramente física, y por tanto, debemos tener la seguridad de que *no* es el modo como actúa la memoria del Logos; sin embargo, como he dicho

antes, no carece de utilidad, porque nos hace vislumbrar algunas posibilidades que de otro modo no se nos ocurrirían. Pero aun cuando de un modo vago podemos comprender la idea de que todo el pasado puede estar simultánea y activamente presente en una conciencia lo bastante elevada para ello, nos hallamos frente á una dificultad mucho mayor cuando tratamos de entender de qué modo puede estar el porvenir comprendido en esta conciencia (1). Si pudiéramos creer en la doctrina mahometana del kismet ó en la teoría calvinista de la predestinación, el concepto sería hasta fácil; pero sabiendo, como sabemos, que ninguna de las dos es verdad, tenemos que buscar alguna otra hipótesis más aceptable (2).

(1) Desde el momento en que el Logos ha *objetivado* en su conciencia la totalidad del sistema, no hay posibilidad de que para El exista un futuro en el mismo, puesto que lo tiene todo presente. La *objetivación física* gradual de su concepción, en nada afecta á ésta, por cuanto el Maya de los diferentes planos de una manifestación más objetivada no tiene realidad alguna para El. — (J. M.)

(2) El autor apunta aquí el mismo dilema que presentamos en nuestro número de Enero último *¿Existe el Libre Albedrío?*, en donde, por modo incontrovertible, se expone lo *fatal* de la perenne manifestación de la totalidad del Todo Infinito de los Números, como corolario de la Inmutabilidad de la Ideación Absoluta, en donde el Todo se encuentra, simultáneamente, en potencia y en acto. El autor trata de salvar la dificultad del dualismo que se presenta entre dos verdades — la verdad de la *no* existencia del futuro en la conciencia del Logos, y la verdad del Libre Albedrío que niega la predestinación implicada por la otra verdad — con el argumento de la previsión todopoderosa de una sabiduría omnisciente, argumento que, á nuestro modo de ver, es una espada de dos filos que deja la cuestión en pie. Entendemos que los dos factores antagónicos, «fatalidad» y «libre albedrío» son tan verdad el uno como el otro, y este mismo antagonismo los denuncia como el par de opuestos de la Ley de Justicia que rige la evolución: fatalidad en el fenómeno, libre albedrío en el noumeno, fenómeno y noumeno tan intrincadamente enlazados, que llegan á ser indistinguibles para la intelectualidad pura, la cual únicamente admite el primero, por ser el segundo sólo perceptible al sexto sentido, el sentido del intelecto espiritual, del cual sólo se posee aquí abajo un reflejo, y aun éste, por desgracia, muy poco generalizado. Esto explica por qué distinguimos con tanta claridad el fatalismo, que es la característica del fenómeno, y por qué se nos escapa la explicación racional de la característica del noumeno, ó sea el libre albedrío, cuya existencia efectiva es tan evidente al sentido interno, como lo es la fatalidad para el sentido vulgar. — (J. M.)

(Se continuará.) C. W. LEADBEATER.



APOLONIO DE TIANA

(CONTINUACIÓN)

JÁMBLICO nos cuenta algo acerca de este sistema de disciplina mental en su *Vida de Pitágoras*. El gran filósofo imponía una larga prueba á los candidatos á la intimidad de los discípulos aceptados. Después de unas averiguaciones preliminares, dejaba al candidato, dice Jámblico,

abandonado durante tres años, observando en este tiempo su constancia y su deseo de aprender, y si estaba suficientemente preparado respecto de la gloria, para despreciar los honores populares. Después de esto ordenaba á los que venían á él guardar silencio de cinco años, á fin de conocer experimentalmente á qué altura se hallaban en la continencia del lenguaje, por ser la subyugación de la lengua la más difícil de todas las victorias, como nos lo han revelado los que instituyeron los Misterios.

Sólo después de haber pasado por cinco años de silencio, eran admitidos los discípulos en la enseñanza esotérica íntima del Maestro.

No se puede comprender el objeto que tuvo Apolonio al sujetarse á esta prueba, cuando aparentemente no existía para él ninguna enseñanza esotérica que alcanzar como recompensa; pero la crítica en este punto tiene que ser prudente, dado que nuestro conocimiento imperfecto de su vida, todo lo más que abarca es el aspecto físico de ella; pero podemos estar casi ciertos de que de todos modos tenía igualmente su lado espiritual consciente.

Durante sus cinco años de silencio —dice su biógrafo— nunca pareció de genio áspero ni desanimado. Concluídos los cinco años marchó á Antioquía y vivió en el templo de Apolo Dafneo. Parece que ya entonces tenía «partidarios á quienes enseñar». Una vez que había contestado todas las preguntas que le hacían sus amigos, se dirigía á la multitud, con quien siempre conversaba por las tardes. «Usaba un estilo en sus discursos, ni elevado ni inflado con el lenguaje de la poesía...; hablaba como si fuera desde un trípode... Sus sentencias eran cortas y diamantinas; sus palabras autoritarias y adaptadas al sentido.»

Después de llevar esta vida durante algún tiempo, Apolonio resolvió visitar la India. En los comienzos de este viaje fué cuando se le unió Damis: «Dios será vuestro guía y vos lo seréis mío» —dijo Damis; —y lealmente, hasta su último aliento, fué fiel á tal declaración. Filostrato, para su relato de este viaje á la India, tuvo evidentemente que atenerse por completo al diario de Damis, el cual se halla inútilmente ampliado con cuentos de viajeros recogidos con toda sencillez por Damis, y que á su vez recapituló Filostrato. Como muchos de tales cuentos son evidentemente absurdos, sugieren á los lectores críticos de nuestra época la duda de si los relatos de los hechos maravillosos ejecutados por Apolonio, cuya única garantía de verdad es un testimonio tan falto de crítica, son dignos de atención; pero es fácil distinguir entre los relatos que Damis repite de oídas, y los que refiere bajo su propia autoridad como testigo.

La relación de todo el viaje puede compendiarse brevemente, pues sólo nos interesan los pocos incidentes que arrojan luz sobre la figura central. Al entrar en el territorio de Babilonia, encontró Apolonio unos guardias, y un sátrapa le interrogó. El viajero contestó de un modo algún tanto altanero, y el sátrapa se irritó en un principio; pero luego «viendo que el hombre no necesitaba intérprete, y que comprendía y contestaba á todo sin la menor vacilación, cambió de voz y modales, y le rogó en nombre de los dioses que dijese quién era. Puesto que condescendéis — le dijo Apolonio — en preguntarme con tanta cortesía, oid, pues, quién soy yo: Soy Apolonio de Tiana; voy á ver al rey de los indios para saber por él lo que hace en el país. Me alegraré de ver á vuestro rey, porque todos los que han hablado con él, dicen que no carece de virtudes, y me inclino á creer estos informes si se trata de Vardanes, que acaba de recobrar su perdido reino. Es el mismo hombre, divino Apolonio — replicó el sátrapa; — pues de vos hace tiempo que hemos oído hablar...» y así sucesivamente. Lo interesante de la historia está en que así que el sátrapa oyó el nombre de Apolonio, le reconoció con el mayor respeto, haciéndole todo género de ofertas, de hospitalidad y de servicios. Lo mismo sucede en otras partes. El mundo antiguo no tenía las ventajas del telégrafo y de los periódicos, pero de algún modo se extendía por todas partes la fama de los hombres notables por su sabiduría y santidad.

El rey de Babilonia lo recibió con el mayor respeto y consideración, y permaneció más de un año en su corte, si bien rehusando todo género de fiestas suntuosas. Según se refiere en el libro de Filostrato, sus contestaciones, cuando le ofrecían lujos que no necesitaba ó regalos que no deseaba, sonaban algún tanto afectadas, si se las juzga por el gusto moderno, pero el estilo de la época era, sin duda, más sentencioso que el nuestro, debiendo tener presente, además, que los discursos atribuídos á Apolonio, llegan á nosotros á través de dos interpretaciones. «La sabiduría que profeso» — dice — explicándose ante el rey de Babilonia, «es la de Pitágoras el de Samos, que me enseñó á adorar á los dioses del modo que veis, á distinguir sus diversas naturalezas, y á respetarlos por consiguiente, á hablar con ellos y á vestirme de ropas hechas con el producto genuino de la tierra, y no arrancadas del ganado, sino de lo que crece puro entre lo puro: del lino, el simple producto de la tierra y del agua. Dejo crecer mis cabellos y me abstengo de todo alimento animal, obedeciendo la doctrina de Pitágoras.» Más tarde, cuando al concedérsele diez merce-

des se limitó á pedir un mejor tratamiento para los Eretiacos, una comunidad griega establecida en territorio babilónico. «¿Pero por qué no aceptáis las otras nueve mercedes?» — dijo el rey. — «Porque — replicó Apolonio — no tengo todavía más amigos.» El rey le preguntó si no quería algo para sí. «Nada — contestó Apolonio — sino alguna fruta y pan, que constituyen para mí el más suntuoso banquete.»

Los viajeros se pusieron por fin en camino montados en camellos, bien provistos de cuanto necesitaban en su largo viaje, que debió haberse extendido á través de la Persia y del Afghanistan, pues últimamente llegaron á la India; pero aun cuando el diario de Damis hace referencias á muy elevadas y empinadas montañas que tenían que cruzar á pie, el relato se ocupa poco de detalles geográficos. Más allá de los indios, en «Taxilla», una ciudad identificada por Mr. Berwick — el traductor al inglés de Filostrato — como nuestro Acttock, cerca de Peshawur, Apolonio conoció al «Rey de la India», como Damis le llama algunas veces, Phraotes, de quien después habló mucho. Phraotes es también un filósofo, cuya sabiduría y virtudes causaron gran satisfacción á Apolonio. Da á su ilustre huesped una carta de introducción para Yarchus, el jefe entre los sabios indios á quienes ha venido especialmeute á visitar. El curso de este viaje, después de dejar á Taxilla, no está muy claro, pues Damis tiene la costumbre de llamar á todas las montañas «Cáucasos», y este término no identifica esplícitamente las diversas regiones de los Himalayas. Después de algún tiempo nos encontramos con una alusión á «cortaduras de agua», aparentemente canales de riego «derivados del Ganges»; pero ninguna clase de teoría respecto de la dirección que tomaron, puede poner á los viajeros en relación con el verdadero río de este nombre. Es posible que sirviera á Damis este nombre para los ríos, como el de Cáucaso para las montañas. De algunas indicaciones no parecería imposible que el curso del viaje fuera á través de Cachemira.

De todos modos, después de cruzar muchas montañas y de recoger con toda buena fe muchas historias maravillosas referentes á «dragones» del país, ó pitones — como diría un viajero más moderno — Damis escribe cómo se aproximaron al «castillo de los hombres sabios.» El guía mostró gran agitación, aunque su emoción parece haber sido de respeto temeroso más bien que de temor. Estos sabios son «más respetados por los indios que el mismo Rey, quien, aunque señor del suelo, se aconseja de ellos en todo, como si fueran otros tantos oráculos.» Cuando los viajeros

ascendían la colina en la que vivían los sabios, salióles al encuentro un joven que se dirigió á Apolonio, llamándole por su nombre, y le condujo después á la presencia de Yarchus, diciendo á sus compañeros que se quedasen atrás. Así que Yarchus vió á Apolonio, lo saludó en lengua griega, y le pidió la epístola que traía del rey de la India. Mientras que Apolonio parecía maravillado con esta primera muestra de conocimiento superior, Yarchus le dijo: «en esa epístola, Apolonio, falta una letra (significando un delta), y cuando la leyeron resultó cierto.» Contestando á preguntas de por qué había venido, Apolonio declara su creencia en la elevada sabiduría de los sabios indios, y éstos lo trataron con gran bondad, dándole en un principio pruebas — además de la pequeña muestra de clarividencia de la carta — de sus facultades anormales. Mostraron conocer íntimamente la vida privada y de familia de su huesped, y más adelante, detalles referentes á sus vidas anteriores. Durante algunas ceremonias del templo, en las que fué admitido Apolonio, se «elevaban» ó flotaban á dos codos sobre el suelo.

El relato que hace Filostrato de las conversaciones entre Yarchus y Apolonio, es necesariamente muy imperfecto. Damis y los otros servidores de Apolonio fueron bien atendidos por indicación de los sabios, pero no eran admitidos á su presencia; de suerte que Damis sólo nos muertra en su diario lo que pudo recordar de lo que Apolonio le dijera referente á lo que pasaba, y la versión de Apolonio respecto de esto, debemos tener la seguridad de que era muy fragmentaria. Todo lo que aprendiera de verdadero interés con los indios, debió permanecer en el dominio del secreto oculto. Indudablemente en el curso de esta visita hubo de ser Apolonio iniciado de algún modo, ó elevado en la iniciación, hasta el punto de convertirle en un adepto mayor de lo que era antes. Y desde entonces, menciona invariablemente á los sabios indios, y especialmente á Yarchus como los filósofos más sublimes, más grandiosos y nobles de la tierra.

El asunto relativo á como Apolonio y Yarchus se refirieron en su conversación á sus vidas anteriores, será especialmente interesante á todo aquel que se esté despertando á la comprensión de la ley, por todo extremo principalísima é importante, de la reencarnación, que la adulterada teología moderna ha descartado tan torpemente de su escuela de la vida humana, convirtiendo en una necedad, no sólo la evolución que tiene lugar en torno nuestro, sino también muchos pasajes del Nuevo Testamento que se refieren á esta doctrina, casi universalmente familiar, hasta que las

edades negras entorpecieron con densa niebla el entendimiento de Europa. Yarchus pregunta á Apolonio si sabe cuál era su situación en la encarnación suya anterior á la corriente. A esto replicó Apolonio: — «como fué innoble, recuerdo poco de ella.» — Yarchus, que evidentemente había estado, como diría un ocultista moderno, mirando los anales de la luz astral, le dijo: — ¿Cómo consideráis innoble ser piloto de un navío egipcio, pues sé que tal fuisteis? — Tenéis razón — replicó Apolonio; — lo fuí... y luego continúa hablando del incidente principal de esta vida, cuando resistió, en circunstancias muy difíciles, la tentación de los piratas que deseaban que hiciese traición al barco que tenía á su cargo entregándoselo. Yarchus parece no daba gran importancia al suceso. Soy de parecer que hacéis que la justicia consista en no cometer injusticias, lo cual es una opinión general entre los griegos.

Merece la pena que al estudiarse la vida de Apolonio no se pierda de vista á los relatos, tales como son, que hacen referencia á la vida y enseñanzas de su gran predecesor Pitágoras. La noción común es que Pitágoras enseñaba la doctrina de la metempsicosis en la forma que se ha supuesto, de que las almas de los hombres pasaban después de la muerte al cuerpo de los animales. La ilustración es sólo la que en algunos casos ha corregido esta impresión. En un admirable resumen de antiguas doctrinas filosóficas, titulado *The Story of Philosophy*, por Aston Leigh, vemos la teoría Pitagórica explicada como sigue:

> La idea ha debido ser principalmente lo siguiente: que el Alma ó parte inmortal del hombre era el aliento del Todopoderoso, partiendo de la existencia infinita, y convirtiéndose en una esencia finita, temporal, separada, que poseía una conciencia separada, distinta y libre albedrío; alma destinada finalmente á gozar la imponente felicidad de su eterna unión con la Perfección Una. Gran destino al que sólo podía llegar por medio de la conciencia separada, imperfección y progresión. Porque si permanencía parte del uno, no podía separarse nunca, tener conciencia definida y por sí misma; y si se separase de la Perfección Una sería en estado embrionario, que tenía que convertirse ó adquirir ciertas cualidades antes de llegar al estado de reabsorción. El alma fué, pues, lanzada á viajar á través de la materia para unirse con varias formas, y para que por su contacto con la materia, la guerra entre el alma y el cuerpo, pudiese desarrollar esas necesarias cualidades... Sólo un cierto número de almas se suponía que estaban en la tierra... Algunas veces progresaban pasando á organismos humanos superiores; otras retrocedían á seres humanos inferiores ó á animales.

Si dejamos á un lado las dos últimas palabras de esta exposición,

tomadas probablemente de alguna versión adulterada de la verdadera doctrina pitagórica, el pasaje citado es una exposición casi tan perfecta como hoy pudiera darse de la enseñanza de la reencarnación, sin los detalles del proceso, los cuales, por vez primera en la historia de la literatura, se han dado al mundo en general en los escritos teosóficos.

Platón amplió y añadió algo á todo esto — dice Mr. Leigh — quien comunica á sus lectores que «muchas sectas deístas, cristianas, filósofos para quienes la religión era secundaria, y otros, han encontrado que esta doctrina era una explicación del misterio del mal, que ha reconciliado la imperfección finita con el gran Infinito perfecto, con el poder Todopoderoso.»

Y continúa diciendo:

Los historiadores nos dicen que los Druidas la poseían. Aparece en los libros religiosos de la India, particularmente en los Vedas'; floreció en Egipto. Se supone que existe en una de las mil y más obras doctrinales de Orígenes, el primitivo escritor cristiano...; y por último, aunque no menos, encuéntrase en la cábala judía esas explicaciones y comentarios místicos, tradicionales del Pentateuco, sobre los que se ha escrito y se ha meditado, y han fascinado por completo, tanto á judíos como á cristianos antiguos y modernos.

La verdad parece ser que la idea era una cuestión tan corriente hasta épocas recientes, que los primeros escritores filosóficos no consideraron que valía la pena de decir mucho sobre el particular. En la vida de Pitágoras, por Jámblico, el asunto se presenta incidentalmente, en lugar de ser discutido con amplitud como principio fundamental que era importante establecer: pero afortunadamente no hay ambigüedad alguna en el pasaje que la menciona. Leemos:

Para él también, el mejor principio se fundaba en una vigilante atención á los asuntos de los hombres, principio que debía ser reconocido de antemano por los que intentasen aprender la verdad sobre otras cosas; pues él hacía recordar á muchos de sus familiares, con las indicaciones más claras y evidentes, la vida anterior que su alma había tenido antes de estar atada á este cuerpo, y demostraba con argumentos indubitables que él había sido Euferbo, hijo de Panto, que venció á Patroclo... Sin embargo, lo que quería indicar con estas cosas, era que conocía sus vidas anteriores, y que de esto había surgido su atención providencial para los demás, recordándoles su vida anterior.

A. P. Sinnet

(Se continuará).



EL PERÚ ANTIGUO

(CONTINUACIÓN)

Segundo; daban educación gratuita á toda la juventud del imperio, masculina y femenina; no una mera educación elemental, sino una educación técnica durante años de asidua aplicación, hasta la edad de veinte años, y algunas veces mucho más. De esta educación daremos también detalles oportunamente.

Tercero (y esto parecerá á nuestros lectores lo más extraordinario de sus funciones); se encargaban absolutamente de los enfermos. No quiero decir sólo con esto que eran los médicos de su tiempo, aunque también lo eran; quiero decir que desde el momento en que un hombre, mujer ó niño, enfermaba de algún modo, inmediatamente pasaba á cargo de los sacerdotes, ó como ellos más delicadamente decían, se convertía en huésped del Sol. La persona enferma era inmediata y cumplidamente dispensada de todos sus deberes para con el Estado, y no sólo se le daban las medicinas necesarias, sino que también se le suministraba gratuitamente su alimento desde el templo del Sol más próximo, mientras que en los casos serios, era conducido generalmente á aquel templo como á un hospital, á fin de que tuviera cuidados más asiduos. Si el enfermo era el que ganaba el pan de la familia, su esposa é hijos se convertían igualmente en los «huéspedes del Sol» hasta que se ponía bien. En los actuales tiempos cualquier arreglo que remotamente se pareciera á esto, daría con seguridad por resultado el fraude y el malcamiento, pero esto es porque la sociedad presente carece todavía de esa opinión ilustrada y universalmente difundida que hacía posible estas cosas en el antiguo Perú.

Cuarto — y quizá esto sea considerado aún más sorprendente que lo anterior; — ¡la *población entera,* de más de cuarenta y cinco años de edad (exceptuando la clase oficial), era también «huésped del Sol»! Se consideraba que un hombre que había trabajado durante veinticinco años desde la edad de veinte (en que debía empezar á compartir las cargas del Estado), había ganado el reposo y la comodidad para el

resto de su vida, cualquiera que esta fuera. Por consiguiente, toda persona, varón ó hembra, que llegaba á los cuarenta y cinco años, podía, si lo deseaba, acogerse á uno de los templos, y llevar una especie de vida monástica de estudio, ó si prefería continuar residiendo con su familia como antes, podía hacerlo, pudiendo emplear su tiempo como quisiera. Pero en todo caso, estaba dispensado de todo trabajo para el Estado, y su sustento corría á cargo de los sacerdotes del Sol. Por supuesto, no se le prohibía en modo alguno que continuase trabajando en la forma que quisiese, y generalmente, la mayor parte prefería ocuparse de algún modo, aunque no fuese sino en algún entretenimiento favorito. Verdaderamente, muchos de los descubrimientos é invenciones más valiosos, fueron hechos por los que, hallándose libres de toda obligación de trabajo constante, podían dedicarse á madurar sus ideas y hacer experimentos con comodidad y de un modo que ningún hombre ocupado podía hacerlo.

Los individuos de la clase oficial, sin embargo, no se retiraban del servicio activo á la edad de cuarenta y cinco años, excepto en caso de enfermedad, así como tampoco los sacerdotes. En estas dos clases se entendía que la mayor sabiduría y experiencia de la edad, eran demasiado valiosas para no ser utilizadas; así es que en la mayoría de los casos, los sacerdotes y funcionarios morían en activo.

Se verá ahora claro por qué la obra de los sacerdotes se consideraba como la más importante, y por qué, fuera lo que fuese lo que pudiera faltar, la contribución del tesoro del Sol no podía ser mermada, pues de ésta dependía, no sólo la religión del pueblo, sino la educación de la juventud y el cuidado de los enfermos y de los ancianos.

Lo que este extraño sistema tan antiguo llevaba, pues, á cabo, era lo siguiente: todo hombre ó mujer tenía asegurada una educación completa, con toda clase de oportunidades para desarrollar cualquier talento especial que poseyese; luego seguían veinticinco años de trabajo — constante en verdad, pero nunca inapropiado en carácter, ni abrumador en cantidad — y después de esto una vida de comodidad asegurada, en la que la persona estaba absolutamente libre de todo cuidado ó preocupación. Algunos, por supuesto, eran más pobres que otros; pero lo que ahora llamamos pobreza era desconocido, y la miseria era imposible, al paso que además de esto el crimen no existía realmente. No es, pues, de sorprender, que la pena de destierro del Estado fuese considerada como el casti

go más terrible, y que las tribus bárbaras limítrofes fuesen absorbidas por él así que llegaban á comprender su sistema.

El examen de las ideas religiosas de estos hombres de los tiempos antiguos, no deja de ser interesante para nosotros. Si hubiésemos de clasificar sus creencias entre las que hoy conocemos, tendríamos que llamarlas una especie de culto del sol, aunque, por supuesto, nunca pensaron por un momento en adorar al sol físico. Lo consideraban, sin embargo, como algo mucho más grande que un mero símbolo; si tratáramos de expresar su sentimiento en la terminología teosófica, lo más aproximado que pudiéramos expresarlo, es diciendo que consideraban al sol como el cuerpo físico del Logos, aunque esto les atribuye una precisión de idea que ellos hubieran probablemente considerado como irreverente. A quien les hubiese preguntado, le habrían contestado que adoraban al Espíritu del Sol, del cual salieron todas las cosas y al cual todo tiene que volver, lo que no deja de ser una satisfactoria presentación de una gran verdad.

No parece que tuvieran concepto alguno claro de la doctrina de la reencarnación. Estaban perfectamente seguros de la inmortalidad del hombre, y creían que su destino eventual era ir al Espíritu del Sol— quizá convertirse en uno con él, aunque este punto no estaba claramente definido en sus enseñanzas. Sabían que antes de esta consumación final, tenían que transcurrir muchos largos períodos de existencia, pero no podemos ver que comprendiesen que alguna parte de esta vida futura tendrían que pasarla en la tierra otra vez.

La cualidad característica más prominente de su religión, era su alegría. El pesar ó el disgusto de cualquier clase se tenía como un sentimiento absolutamente malo y desgraciado, toda vez que se les enseñaba que la Deidad deseaba ver felices á sus hijos, y se sentiría apenada viéndolos desgraciados. La muerte no era considerada como una ocasión de duelo, sino más bien de una alegría solemne y reverente, porque el Gran Espíritu había considerado á otro de sus hijos digno de aproximarse más á él. El suicidio, por otra parte, era fundándose en la misma idea, considerado con el mayor horror, como un acto de la más grosera presunción: el hombre que se suicidaba se introducía, sin ser invitado, en regiones superiores, para las cuales no se le juzgaba preparado por la única autoridad que poseía el conocimiento requerido para decidir la cuestión. Pero, verdaderamente, en el tiempo á que se refiere lo que escribo, el

suicidio era prácticamente desconocido, pues la gente, casi sin excepción, era una raza perfectamente contenta.

Sus prácticas religiosas eran del carácter más sencillo. Diariamente rendían alabanzas al Espíritu del Sol, pero nunca ruegos, porque se les enseñaba que la Deidad conocía mejor que ellos lo que era necesario á su bienestar, doctrina que quisiéramos ver mejor comprendida actualmente. En los templos presentaban frutas y flores, no porque creyeren que el Dios-Sol necesitase tales ofrendas, sino sencillamente como reconocimiento de que todo lo debían á él; pues una de las teorías más prominentes de su creencia, era que toda luz, vida y poder venían del Sol, teoría plenamente confirmada por los descubrimientos de la ciencia moderna. En sus grandes festividades se organizaban procesiones magníficas, y los sacerdotes dirigían á la gente exhortaciones ó instrucciones especiales; pero hasta en estos sermones descollaba la sencillez como nota característica, siendo comunicadas en gran parte las enseñanzas por medio de cuadros y de parábolas.

Sucedió una vez que nuestros investigadores, en el curso de sus averiguaciones en la vida de determinada persona, lo siguieron á una de estas asambleas, y oyeron con él el sermón pronunciado en aquella ocasión por un anciano sacerdote de blancos cabellos. Las pocas y sencillas palabras que dijo, darán quizá mejor idea del espíritu interno de esta antigua religión del mundo, que cualquiera descripción que pudiera yo hacer. El sacerdote, envuelto en una vestidura dorada, que era el símbolo de su cargo, se hallaba en la cúspide de las gradas del templo, y miraba al auditorio que le rodeaba. Luego les dirigió la palabra con voz suave y resonante, hablando con toda familiaridad, más como un padre que refiere un cuento á sus hijos, que como quien pronuncia determinada oración.

Les habló del Señor el Sol, exhortándolos á que tuviesen siempre presente cómo todo lo que necesitaban para su bienestar físico era producido por él; cómo sin su gloriosa luz y calor el mundo estaría frío y muerto, siendo imposible toda vida; cómo su acción se debía al crecimiento de las frutas y granos que constituían la base de su alimento, y hasta el agua, que era lo más precioso y necesario de todo. Luego les explicó cómo los sabios antiguos habían enseñado que detrás de esta acción, que todos podían ver, había siempre otra, aún más grandiosa, que era invisible, pero que, sin embargo, podía ser sentida por aquellos cuyas vidas estaban en armonía con la del Señor; cómo lo que el Sol hacía bajo un aspecto por

la vida de sus cuerpos, lo hacía también bajo otro aspecto, aún más maravilloso, por la vida de sus almas. Indicó que ambas acciones eran absolutamente continuas; que aunque estaba algunas veces oculto á la vista de su hija la tierra, sin embargo, la causa de esta obscuración temporal se encontraba en la tierra y no en el Sol; pues bastaba subir á lo alto de las montañas para elevarse sobre las sombrías nubes, y descubrir que el Señor estaba brillando en toda su gloria durante todo el tiempo, sin que le afectara en nada el velo que tan denso parecía visto de abajo.

De esto, por fácil transición, pasó á hablar de la nube de opresión espiritual ó duda, que algunas veces parece como barrera que impide que lleguen al alma las influencias superiores, y el sacerdote aseguraba con el mayor énfasis y del modo más ferviente, que á pesar de todas las apariencias en contrario, la analogía era verdadera en este caso también; que las nubes eran siempre producto propio nuestro, y que bastaba sólo elevarse á suficiente altura para hacerse cargo de que Él no había cambiado, y que durante todo el tiempo, no había cesado de derramar como siempre fuerza espiritual y santidad. El abatimiento y la duda, por consiguiente, debían rechazarse como hijos de la ignorancia y falta de razón, y ser reprobados por demostrar ingratitud al Dador de todo lo bueno.

La segunda parte del sermón fué igualmente práctica. El beneficio completo de la acción del Sol — continuó el sacerdote — sólo podía experimentarse por los que se hallaban en perfecta salud. Ahora bien; la señal de la salud perfecta en todos sentidos, era que los hombres se asemejasen al Señor el Sol. El hombre que gozase de una perfecta salud física, era una especie de sol menor, derramando fuerza y vida sobre todo lo que le rodea; de suerte que por su misma presencia, el débil se hacía más fuerte y los enfermos y los dolientes eran aliviados. Exactamente del mismo modo — insistía el sacerdote — el hombre que se encontrase en perfecta salud moral, era también un sol espiritual radiando amor, pureza y sanidad sobre todos los que tenían la fortuna de ponerse en contacto con él. Esto — decía — era el deber del hombre: mostrar su gratitud por los hermosos dones dispensados por el Señor, en primer término, preparándose para recibirlos en toda su amplitud; y en segundo, transmitiéndolos sin disminución á los demás hombres. Y estos dos objetos podían conseguirse á la vez sólo de un modo: por la constante imitación de la benevolencia del Espíritu del Sol, el cual atraía á sus hijos, aproximándolos cada vez más á sí.

Tal fué este sermón de hace catorce mil años; por sencillo que parezca, no se puede menos de admitir que su enseñanza es eminentemente teosófica, y que demuestra un conocimiento de los hechos de la vida mucho mayor que muchos de los elocuentes discursos de hoy día. Aquí y allí observamos detalles de significado especial; el conocimiento exacto, por ejemplo, de la radiación del prana superfluo de un hombre saludable, parece indicar la posesión de la facultad de la clarividencia entre los antecesores de donde provenía la tradición.

Se recordará que además de lo que pudiéramos llamar su obra puramente religiosa, los sacerdotes del Sol tenían á su completo cargo la educación del país. Toda educación era absolutamente libre, y sus grados preliminares eran exactamente los mismos para todas las clases y para ambos sexos. Los niños asistían á lo que pudiera llamarse clases preparatorias desde edad temprana, y en todas ellas se enseñaba á los niños y á las niñas juntos. En ellas se daba una educación que correspondía á la que ahora se obtiene en los colegios, aunque los asuntos que abarcaba diferían considerablemente. Enseñábase, en efecto, á leer, á escribir y la aritmética, y todos los niños tenían que llegar á un grado culminante en estas materias; pero el sistema abarcaba mucho más, cuya clasificación es algún tanto difícil — una especie de conocimiento superficial y rudimentario de todas las reglas generales é intereses comunes de la vida; de suerte que ningún niño de ambos sexos, á la edad de diez ú once años, podía ignorar el modo cómo se obtenía lo requerido por las necesidades ordinarias de la vida, ni cómo se hacía cualquier trabajo común.

Las horas de la escuela eran muchas, pero las ocupaciones eran tan variadas y abarcaban tantas cosas, que jamás hubiéramos creído propias de una escuela; y los niños no por eso parecían estar recargados de trabajo. Por ejemplo: á todos los niños se les enseñaba á preparar y cocinar ciertas clases sencillas de alimentos; á distinguir la fruta venenosa de la sana; la manera de encontrar alimento y abrigo si se perdían en un bosque; á usar las herramientas más sencillas que se requieren en la carpintería, en las construcciones ó en la agricultura; á encontrar su camino desde un sitio á otro por la posición del sol y de las estrellas; á manejar una canoa, así como á nadar, trepar y saltar con sorprendente destreza. También se les instruía en el método de tratar las heridas y accidentes, explicándoles igualmente el uso de ciertas yerbas medicinales. Toda esta variada y notable instrucción no era para ellos una teoría, sino que cons-

tantemente se les ponía en situación de practicarla; de suerte, que antes de permitírseles salir de esta escuela preparatoria, se habían convertido en una gentecita sumamente útil, capaz de manejarse por sí mismos hasta cierto punto en cualquier apuro en que pudieran verse.

Se les instruía cuidadosamente en la constitución de su país, explicándoseles las razones de sus diversas costumbres y reglas. Por otra parte, ignoraban por completo muchas cosas que aprenden los niños en Europa; no conocían otra lengua que la suya, y aunque se insistía mucho en que aprendiesen á hablar con pureza y propiedad, lo conseguían á fuerza de práctica, más que por la observancia de reglas gramaticales. No sabían nada de álgebra, ni de geometría, ni de historia, ni de geografía fuera de su país. Al dejar esta escuela, podían construir una casa cómoda, pero no hubieran podido hacer un bosquejo de la misma; no sabían nada de química, pero estaban perfectamente instruídos en los principios generales de la higiene práctica.

(Se continuará). C. W. LEADBEATER.

PENSAMIENTOS SUGESTIVOS DE HOMBRES NOTABLES

23. ¡La magia! ¿Y qué es la magia? Cuando el viajero se detiene ante los destrozados templos y palacios de Persia, los habitantes les dicen que aquellos monumentos son obra de los magos. La medianía no comprende que nadie tenga el poder de que ella carece. Mas si por *magia* entendéis el estudio constante de todos los secretos obscuros de la naturaleza, sí, yo profeso esta magia y aquel que la cultiva no se aparta jamás del camino de toda fe. ¿No sabéis que las escuelas antiguas enseñaban la magia? ¿Cómo y por qué? Esto era la última y más solemne lección de los ministros del templo. Y vos que aspiráis á ser pintor, vuestro arte, el arte cuyos progresos desearíais apresurar... ¿no tiene su magia? ¿No debéis después de un largo estudio de lo bello en el pasado, apoderaros de las formas nuevas y de los ideales de lo bello del porvenir? ¿No veis que para el poeta como para el pintor, el gran arte busca é investiga lo *verdadero* y rechaza lo *real*? ¿Qué es preciso imperar en la naturaleza como maestro y no seguirla como esclavo? ¿El arte verdaderamente noble y grande no tiene por dominio el porvenir y el pasado? Quisiérais, por vuestros encan-

tos, evocar los seres invisibles, y ¿qué es la pintura sino la representación substancial de lo invisible? ¿Estáis descontentos de este mundo? Este mundo no fué creado para el genio, que debe, para existir, crearse otro. ¿Qué mago puede más por su ciencia? ¿Quién puede tanto? Se escapa por dos salidas á las pequeñas pasiones y á las terribles calamidades de la tierra: las dos conducen al cielo y alejan del infierno. El arte y la ciencia; pero el arte es más divino que la ciencia: la ciencia hace descubrimientos, el arte crea. ¿Tenéis facultades que os inclinan al arte? Estad contento de vuestro legado. El astrónomo que cuenta las estrellas no puede añadir un átomo al universo; de un átomo puede hacer salir el poeta un mundo. El químico con sus substancias puede curar las enfermedades del cuerpo humano; el pintor, el escultor, pueden hacer surgir cuerpos divinizados de juventud eterna á la que la enfermedad no puede arrebatar ni marchitar los siglos.

(Bulwer Lytton: *Zanoni*, Cap. VII.)

NECROLOGÍA

El día 15 del pasado Marzo se separó de nosotros D. Arnaldo Mateos y Bonniot, entusiasta obrero teosofista, hombre de ejemplar virtud, cuyo saber, oculto por singular modestia, fué reconocido por pocos de sus compañeros y amigos. Sus obras, fiel reflejo de los elevados sentimientos que siempre le animaron, donde se respira la espiritualidad y dulzura que las llena, son un recuerdo imperecedero que nos deja de su actividad y entusiasmo. Con su pérdida se siente la del hermano cariñoso y la del compañero que nos anima con su ejemplo; no obstante esto, debemos ser caritativos y desear que disfrute su merecido descanso y progreso, antes que permaneciera junto á nosotros retardando su premio y sufriendo en la materia. Confiamos en que estará á nuestro lado el amigo del alma.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.